



CUADERNOS CCV

**VEDRUNAS
MUJERES HOY
EN LA IGLESIA**

Josune Arregui et al.

CUADERNOS CCV

**VEDRUNAS,
MUJERES HOY EN LA
IGLESIA**

Josune Arregui ccv

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**

CARISMA VEDRUNA * CARISMA VEDRUNA * CARISMA

© 1997. Edita: Carmelitas de la Caridad Vedruna
Carlo Zucchi, 12 00165 Roma

Depósito legal: M.29776-1997
Imprime: **Gráficas Don Bosco**
Arganda del Rey 28500 Madrid

INDICE

1. SITUACION

1.1. Toda la humanidad afectada por la exclusión de la mujer	13
1.2. El despertar nos corresponde a las mujeres	13
1.3. El aporte de la teología feminista	14
1.4. Posturas diversas	15

2. ILUMINACION

2.1. Para comprender la situación	19
2.1.1. El esquema de la democracia patriarcal griega	19
2.1.2. El pensamiento que sostiene la pirámide	20
2.2. El plan de Dios, ser hermanas	21
2.2.1. Dos criterios de interpretación bíblica	21
2.2.2. Los relatos de la creación	22
2.2.3. La actuación de Jesús y la primitiva Iglesia	24
2.2.4. La figura de María	25
2.3. La mujer espacio abierto de vida	26
2.3.1. Antropología teológica	26
2.3.2. La imagen femenina de Dios	28
2.3.3. La Iglesia también es femenina	29

3. JOAQUINA MUJER

3.1. Esposa y madre	33
3.2. Fundadora	34
3.3. Su relación con varones	35
3.4. Su imagen de Dios.....	37

4. VEDRUNA, PRESENCIA SIGNIFICATIVA EN LA IGLESIA

4.1. Nuestra misión en la Iglesia	41
4.1.1. Lo que no debe ser	41
4.1.2. El tema del poder	42
4.1.3. La misión de la Iglesia es nuestra misión	43
4.2. Una llamada desde Raíces Vedruna	44
4.2.1. Tomar una postura comprometida	44
4.2.2. Promover una acción transformadora	45
4.2.3. Presencia activa, crítica y profética	46
4.2.4. Tres caminos preferentes	47
El decálogo del feminismo Vedruna	51

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**

p

PRESENTACIÓN

P RESENTACIÓN

Las tres provincias catalanas me invitaron a participar en la «*Trobada festiva interprovincial*» que tuvo lugar en Vic el 18 de mayo de 1996, pidiéndome una conferencia sobre el tema de la mujer, según las orientaciones de nuestro último Capítulo General. Con este motivo preparé esta reflexión, que ahora me atrevo a publicar en el ámbito congregacional con algunos retoques.

Tras una breve descripción de la situación, he querido aportar algunas ideas de las teólogas feministas hasta llegar a formular la identidad femenina según el plan de Dios.

Sigue luego una presentación de Sta. Joaquina como mujer, ya que también en este punto su vida y su figura son fuente de inspiración para nosotras.

Por último hago un comentario al documento “*Raíces Vedruna*” en el que se nos invita a una presencia significativa y a una acción comprometida como mujeres en la Iglesia.

Confío que el recuerdo de este compromiso pueda favorecer entre nosotras un mayor empeño a fin de que, en la comunidad eclesial, la valoración y reconocimiento pleno de la mujer “redunde en común beneficio de la Iglesia y de la humanidad, especialmente en nuestros días”(MD 31).

Josune Arregui ccv
Roma 16 Julio 1997

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**

1

SITUACIÓN

1. SITUACIÓN

1.1. Toda la humanidad afectada por la exclusión de la mujer

La situación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia no es un tema que afecte sólo a las mujeres, sino que lo percibimos como un “signo de los tiempos” a través del cual Dios nos está queriendo decir algo a toda la humanidad.

Cuando las mujeres nos descubrimos inmersas en un universo de competencia y agresividad, cuando tomamos conciencia de que las decisiones que afectan a la humanidad o a la Iglesia entera, están tomadas sólo por varones, caemos en la cuenta de que estamos discriminadas.

El proceso de toma de conciencia suele seguir estos pasos:

- Al principio la mujer se siente *personalmente* frustrada porque no puede desarrollar plenamente sus posibilidades humanas en las estructuras familiares, sociales o eclesiales en que se mueve.

- Luego trasciende lo personal y ve que esto mismo, de una forma u otra, les ocurre a *la gran mayoría de las mujeres* y cae en la cuenta de que toda la historia ha sido escrita y decidida con mentalidad unilateralmente masculina.

- Y por último descubre que, el que se haya postergado a la mitad de la humanidad en la marcha de la historia, es algo que está afectando negativamente a *toda la humanidad*, varones y mujeres.

1.2. El despertar nos corresponde a las mujeres

El problema afecta ciertamente al conjunto de la humanidad, pero su solución vendrá a partir de la toma de conciencia de las mujeres. Es un tema que no se plantea sin el despertar de las mujeres. Y es a partir de esa

toma de conciencia, cuando empieza la que algunos consideran como la revolución más profunda de la historia.

Nuestro documento capitular *Raíces Vedruna* dice “constatamos la discriminación que sufre la mujer en el ámbito familiar, laboral, político y eclesial, así como la mayor conciencia que de esta situación se va despertando en la sociedad y en la Iglesia”. Y añade: “Sólo las mujeres podemos percibir y denunciar formas de dominio del varón sobre la mujer que la misma tradición ha ido legitimando”¹.

Ahora bien, esa toma de conciencia es todo un desafío para las propias mujeres, porque, el pasar de una conciencia ingenua o conformista a otra más crítica y comprometida, acarrea problemas y rechazos y tal vez por eso algunas mujeres se defienden de este cambio y prefieren que todo continúe como hasta ahora.

1.3. El aporte de la teología feminista

Un momento clave en este proceso de cambio en el ámbito eclesial en el que voy a situarme en esta reflexión, lo marca el acceso de las mujeres a las facultades de teología, cosa que empezó hacia los años cincuenta y en algunos países mucho más tarde.

Hasta entonces teníamos la enseñanza oficial de la Iglesia sobre la mujer que ha sido llamada “*Teología de la feminidad*” y en la cual teóricamente se reconoce a la mujer la misma dignidad que a los varones pero distinto rol en la práctica. Es una teología hecha por varones que trata de la “esencia de lo femenino” pero sin sacar conclusiones prácticas o dando por buena la situación existente.

La teología feminista es una teología hecha por mujeres y que nace de la insatisfacción que causa la teología oficial, calificada de patriarcal, androcéntrica y unilateral. Es una teología que utiliza preferentemente el método inductivo, es decir que parte de la experiencia, en vez de ser racional y deductiva, y está atenta a defender la dignidad de la mujer así como a buscar el papel que ha de desempeñar y los derechos que debe ejercer en la Iglesia.

En un primer momento, la teología feminista se centró en el tema de la mujer en sí mismo, pero cada vez va siendo más una teología de la

totalidad, ya que toda la revelación se nos ofrece de alguna manera afectada por este problema histórico y necesitada de “purificación” o al menos de un punto de vista diferente. De este modo, desde “la otra perspectiva”, se va elaborando un nuevo lenguaje sobre Dios, sobre la Iglesia, sobre los ministerios, sobre la Virgen María, sobre la ética...

No se trata ahora de caer en un reduccionismo de signo contrario, sino de propiciar un diálogo fecundo entre la teología tradicional y las aportaciones que van surgiendo de la reflexión de las teólogas. En este camino se van dando pasos aunque incipientes.

1.4. Posturas diversas

Antes de avanzar en la reflexión puede ser interesante situarnos nosotras mismas ante el tema y ver si nuestra postura coincide con alguna de las siguientes:

- Algunas mujeres y bastantes religiosas sienten espontáneamente *rechazo* ante el feminismo en general. Consideran que es algo que no tiene nada que ver con el Reino de Dios. Además casi todas las feministas parecen ser revolucionarias, proabortistas, etc.

- Otras se sitúan ante este tema de un modo *ingenuo* y *conformista*. Tienen tan introyectado el esquema patriarcal, que reaccionan desde él y desconfían de las mujeres. Aceptan la situación como querida por Dios y en el fondo, quién sabe, prefieren que se nos dé todo hecho.

- Hay quienes *están despertando* a la marginación existente y ya les gustaría que esto cambiara, pero sienten una gran desesperanza. La cosa es tan fuerte y de tan hondas raíces que no es posible hacer nada. O bien no saben qué hacer y, por el momento, no están comprometidas en el cambio.

- Hay también algún grupo de mujeres en *franca rebelión eclesial*; su experiencia de opresión es tan fuerte que ya no la toleran más. Como no creen que esto tenga solución, “pasan de la Iglesia”. Algunas han creado la “Iglesia del Exodo” que agrupa a muchas mujeres y tiene su propia espiritualidad y mucho de pagana.

- Entre nosotras no se da ese extremo por supuesto, pero sí pudiera

darse el de la *obsesión feminista*. Se toma la cosa con tanto calor que se insiste a tiempo y a destiempo y, a fuerza de querer ganar adeptos para la causa, se logra el efecto contrario.

La postura en la que creo debiéramos situarnos las Vedrunas está motivada por la fe en Jesús y su mensaje sobre el Reino de Dios: una actitud participativa, crítica y luchadora. Comprometernos en el feminismo y emplear energía en este cambio que brota del Vaticano II, tiene sus raíces en la dignidad humana y está avalada por el Evangelio; ésta es la llamada que nos hizo el Capítulo.

El término *feminismo* lo entendemos aquí como el compromiso de tantas mujeres creyentes por ayudar a la Iglesia a ser verdaderamente Iglesia del Pueblo de Dios. El mismo Juan Pablo II ha expresado su admiración muchos años después a las pioneras del feminismo por haberse dedicado a “defender la dignidad de su condición femenina mediante la conquista de fundamentales derechos sociales, económicos y políticos y que han tomado esa valiente iniciativa en tiempos en que este compromiso suyo era considerado un acto de transgresión, un signo de falta de feminidad, una manifestación de exhibicionismo y tal vez un pecado”².

Estas posturas femeninas tienen sus correspondientes *masculinas*:

- Unos defienden el “orden” establecido. Descalifican con superioridad toda postura feminista y la acusan de búsqueda de poder, dejando claro que el poder ha sido ya asignado en la Iglesia a sus miembros varones y esto “por voluntad divina”, según dicen.

- Otros acogen los planteamientos feministas en lo que tienen de modernos y van cambiando el lenguaje e incluso van dando a la mujer “espacios de presencia” en sus ambientes, pero no “espacios de pensamiento y decisión”. Tal vez el abrirse a estos niveles se percibe como una amenaza.

- Algunos se sienten de verdad incómodos en la situación actual, se dejan interpelar por los nuevos planteamientos y andan buscando sinceramente el modo de avanzar, en la reflexión y en la práctica, hacia una Iglesia Pueblo de Dios que sea testimonial y creíble cuando dice su palabra en otros aspectos de la justicia social.

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**

2

LUMINACIÓN

2. ILUMINACION

2.1. Para comprender la situación

Algunas feministas radicales acusan a la Iglesia como la principal responsable de haber transmitido y mantenido a lo largo de los siglos la marginación de la mujer y rechazan la Biblia como expresión de una mentalidad antifeminista.

Nosotras amamos a la Iglesia por ser mediación a través de la cual nos llega la salvación de Jesús y veneramos la Biblia como fuente de la revelación cristiana. Pero también sabemos que la Iglesia va caminando a través de los siglos hacia una verdad cada vez más plena (es decir, no la posee plenamente) y que va creciendo en la comprensión de la Escritura, escrita en un lenguaje humano que hay que saber interpretar.

No podemos juzgar con mentalidad actual los hechos del pasado, queremos más bien comprender los procesos humanos de la historia y al mismo tiempo situarnos con lucidez y espíritu crítico ante ellos. Vamos a ahondar un poco en los orígenes de esta situación antes de buscar la verdadera identidad femenina a partir del plan de Dios.

2.1.1. El esquema de la democracia patriarcal griega

No deja de extrañarnos que poco después de la presencia histórica de Jesús, su actitud con respecto a la mujer, que tanto contrastaba con la de su época, fuera atenuándose hasta quedar prácticamente relegada en la Iglesia.

Una mirada al ambiente cultural que rodeó a la Iglesia en la expansión de los primeros siglos, en los que fueron cristalizando sus estructuras, puede ayudarnos a entender algunas cosas.

La democracia patriarcal griega estaba organizada en forma piramidal y a su vez dividida horizontalmente en dos ámbitos: *lo público* y *lo privado*. En la cumbre estaban los gobernantes, magistrados, cabezas de familia, jefes, patronos... es decir varones propietarios y libres. Luego venían otros ciudadanos libres varones de estatus más bajo como artesanos, granjeros...

A partir de aquí y descendiendo empezaba el *ámbito privado* en el que se situaban las mujeres libres, los hijos, varones y hembras, los inquilinos o arrendatarios, los libertos y mercenarios y en la base de la pirámide estaban los esclavos (varones, mujeres y niños). Mantener en pie esta pirámide exigía una sumisión al “orden establecido”.

La Iglesia en el período de inicial estructuración se fue insertando en esta pirámide y, aunque se abrió hasta los esclavos de la base, sin embargo no llegó a romper la barrera de lo público y privado y nunca llegó a poner a la mujer fuera del ámbito privado.

2.1.2. El pensamiento que sostiene la pirámide

Detrás de este “orden” social, había un concepto antropológico que consideraba a la mujer como un ser humano inferior. Si nos asomamos a los argumentos de la tradición de la Iglesia aducidos para excluir del sacerdocio a la mujer, vemos que responden claramente a esta mentalidad: el sacerdocio es una categoría de poder que no se adapta a la mujer que “por naturaleza” está hecha para someterse.

Sto. Tomás recoge esta tradición mucho más tarde y lo dice con una claridad como hoy ningún teólogo se atrevería. Para justificar la exclusión de la mujer del sacerdocio, pone un ejemplo diáfano. Dice que, así como el sacramento de la extremaunción significa la curación del enfermo y por tanto no puede ser recibido válidamente por una persona sana, igualmente la mujer, por su estado de sujeción, no puede recibir el sacramento del orden, que significa un rango eminente.

Y San Buenaventura continúa diciendo que tampoco los esclavos pueden recibirlo por la misma razón de su estado de sujeción. Pero el caso del esclavo es distinto del de la mujer: los dos están en estado de sujeción y por ello no pueden recibir un sacramento que significa un

puesto preeminente en la comunidad eclesial, pero en la mujer este estado es “por naturaleza”, mientras que la situación del esclavo pudiera cambiar algún día ³. Sobran los comentarios.

A esta concepción de estructura piramidal se adapta mejor la imagen de la Iglesia como Cuerpo Místico, según la cual la jerarquía representa a Cristo cabeza. Otras imágenes como la Iglesia comunión o Pueblo de Dios, rompen más este esquema piramidal y propugnan otro más comunitario.

La reflexión de las mujeres teólogas, y también la de muchos teólogos, está haciendo tambalear la estructura piramidal de la Iglesia, que a su vez trata de mantenerse en pie en medio de una sociedad en la que ya se está desmoronando, incluso con el aliento de la Iglesia.

2.2. El plan de Dios, ser hermanas

2.2.1. Dos criterios de interpretación bíblica

Al acercarse a la Escritura, la teología feminista parte de la base de que la Palabra de Dios no puede ser opresora ni discriminatoria y por ello, para distinguir la Palabra de Dios de su ropaje cultural, se acerca a la Biblia con un doble criterio de interpretación.

Hermenéutica de la sospecha

El primer criterio llamado “hermenéutica de la sospecha” sirve para reconocer o rechazar la autoridad de un texto: todo lo que niegue o distorsione de hecho la dignidad de la mujer, no representa la palabra redentora, sino que son moldes patriarcales en los que se ha vertido la Palabra de Dios y responden a una época histórica superada. Viene a ser como un “canon” dentro del Canon.

La forma y el fondo

Para que una figura o forma se perciba es necesario que haya un fondo. Pues bien, la mujer aparece en muchos relatos bíblicos como ese fondo invisible que no interesa en sí mismo, pero hace posible el relieve

y la visibilidad de los varones. En la teología hecha por éstos, *lo humano* genérico se identifica con *lo masculino* y la mujer es “lo otro”, lo diferente, lo invisible, que queda al margen con una identidad desdibujada.

Pero, haciendo un esfuerzo consciente y de acuerdo con los intereses de quien observa, también se puede centrar la vista en el fondo y pasarlo a primer plano. Esta vuelta del revés o mecanismo de la reversibilidad es lo que trata de hacer ahora la teología feminista, leer la Biblia con ojos de mujer y enfocar también “el fondo” de los relatos.

2.2.2. Los relatos de la creación

Con una interpretación bíblica muy limitada y bajo la influencia de la cultura y la filosofía de otros tiempos, se han dado interpretaciones negativas para la mujer, a partir de los relatos de la creación, apoyándose en algunos textos del Nuevo Testamento, en Padres de la Iglesia y en documentos oficiales de la misma.

La teología tradicional, aun después superados los tiempos en los que no se consideraba a la mujer imagen de Dios y se la tenía como ser inferior, deduce del Génesis la igual dignidad de varón y mujer como imágenes de Dios, pero no logra liberarse de los diferentes roles asignados “por naturaleza” a cada uno, según los cuales la mujer ha nacido para ser madre o esposa y estar sometida al varón.

El mismo Juan Pablo II que en la *Mulieris Dignitatem* afirma con claridad que “*el Creador confía el dominio de la tierra al género humano, a todas las personas, tanto hombres como mujeres, que reciben su dignidad y vocación de aquel principio común*”⁴, sin embargo, a la hora de hablar de la vocación de la mujer, se reduce a dos dimensiones corporales: maternidad y virginidad, ambas del ámbito privado y esto como “destino”.

La teología feminista en cambio dice que la vocación de la mujer no puede de ningún modo ser confundida ni con la naturaleza ni con el destino, sino que hay que buscarla a la altura de la libertad propiamente humana, más allá de todo determinismo biológico que, en sí mismo,

puede llegar a ser despersonalizante. El lenguaje del cuerpo, como veremos más tarde, marca ciertamente una diferenciación, pero no implica un destino a aceptar o “padecer” sino una “palabra” que libremente puede ser integrada desde un sentido más profundo ⁵.

Según el Génesis la relación varón-mujer es una relación de alteridad y reciprocidad: igualdad y diferencia.

“Creó pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra”⁶.

Ser mujer es, pues, un modo diferenciado de ser “*ser humano*”. En el plano del hacer, Dios les da la misma tarea y la diferencia está en el modo de hacerla y no en la función, misión o tarea. Esta diferencia no supone ni subordinación de la mujer ni superioridad del varón, sino reciprocidad en la relación.

“Dijo luego Yahvéh Dios: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada”⁷.

Comentando este relato dice la teóloga brasileña Ana Roy:

“Soledad del hombre. Dios le da su presencia viva en forma de mujer. La soledad pasa a fraternidad. ¡Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne!

Antes de ser esposa y madre, la mujer emerge en forma de hermana y deja que el amor de Dios mueva su corazón a la fraternidad universal. Con la mujer irrumpe en el mundo un mecanismo irrefrenable de comunión.

Jamás una mujer dejará de ser hermana al convertirse en esposa o madre”⁸.

2.2.3. La actuación de Jesús y la primitiva Iglesia

Es conocido el gran contraste entre la actitud de Jesús en relación a la mujer y la mentalidad de su época. El capítulo V de la *Mulieris dignitatem* comenta este tema de un modo bellísimo que las mujeres tenemos que agradecer a Juan Pablo II.

Hoy en día, y no sólo entre las teólogas, se va abriendo camino un modelo eclesial más amplio que el de los doce y es *el discipulado*, un modelo inclusivo en el que caben todos y en el que destacan notablemente las mujeres.

El evangelio más representativo de este enfoque es el de Marcos. La comunidad que presenta Marcos es circular y Jesús está en el centro: “la gente estaba sentada a su alrededor”⁹ y unos de pie fuera. En esta comunidad no hay más Padre que Dios: “No llaméis padre a nadie...”.

La unción de Betania presenta un modelo acabado de discipulado. La mujer que rompe el frasco de valioso perfume para ungir a Jesús, lo hace porque ha entendido, participa en la pascua y Jesús la llama profetisa:

“se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura...en cualquier parte del mundo donde se anuncie la buena noticia, será recordada esta mujer y lo que ha hecho”¹⁰.

La comunidad de Marcos es una comunidad que critica los cimientos de la estructura patriarcal, aunque en su tiempo no se pudo llevar a la práctica.

También en el Evangelio de Juan se entrevé una comunidad en la que la mujer tenía protagonismo y magisterio. Marta y María, en la familia de Betania, tienen un rol más importante que Lázaro y son la síntesis del discipulado. Al pie de la cruz Jesús confía el crecimiento de la comunidad eclesial a María, y a ella la sitúa a la par con las otras mujeres, también circularmente.

Pero la eclesiología, según la enseñanza tradicional, ha dado un lugar excesivo a “los doce”, cuando no son más que un símbolo de las doce tri-

bus de Israel y cuyo número para nada se ha cuidado de mantener en la actual estructura eclesial. Toda la argumentación de ministerios se deduce de la última cena en la cual, según dicen, estaban sólo los doce. Por otra parte no se saca ninguna conclusión operativa de los textos que hablan de las mujeres que seguían a Jesús ¹¹, o de su presencia al pie de la cruz y de su papel relevante en el anuncio de la Resurrección. También se pasa por alto el episodio de la comunidad reunida el día de Pentecostés en la que, además de los doce, estaban María, algunas mujeres y los hermanos de Jesús, según Hech 1,14. Todo esto llama un poco la atención.

En las comunidades paulinas el lugar de la mujer era importante; y muchas de las iglesias domésticas eran llevadas por ellas. Pero la influencia helenista y la visión patriarcal estaba en el trasfondo y fue ganando terreno a la novedad de Jesús: el cosmos, el orden determinado para cada cosa “por ley divina”, la sumisión... Todo ello se percibe cuando Pablo habla del cuerpo místico y lo aplica a las comunidades que se están estructurando y poco a poco va llegando a una exclusión cada vez mayor de las mujeres que, según se considera, deben estar en “su” sitio.

Esto de ocupar el “lugar propio” y no salirse de “lo específico”, es lo que sigue resonando en toda la teología tradicional sobre la mujer hasta nuestros días.

2.2.4. La figura de María

La mentalidad patriarcal y androcéntrica ha tenido buen cuidado en dar a María, y a ella sola, un lugar privilegiado en la Iglesia, identificándola plenamente con la sublimidad de lo femenino abstracto, pero que, a diferencia de la persona de Cristo (que por ser masculina confiere algunos atributos a los varones que sólo ellos son capaces de actuar “in persona Christi”), no tiene ninguna consecuencia práctica para las mujeres en la Iglesia.

Hasta el Vaticano II, podemos decir que la mariología ha sido un producto de los varones y presenta una figura de María-Madre que refuerza la antropología dualista. Creo que ha habido cierta manipulación, tal vez inconsciente, de la figura de María. Se destacan en ella las

virtudes llamadas “pasivas”, silencio, humildad, obediencia... todas ellas excelentes pero que dan como resultado una imagen recortada y parcial de María.

En cambio, si nos fijamos en el Evangelio, se nos propone una imagen diversa. En la anunciación María se atreve a poner su objeción al mismo Dios y, después de un verdadero diálogo y de ponderar la propuesta, da una respuesta libre y de enorme trascendencia para la humanidad: “Hágase”. María aparece como colaboradora de Dios.

También se va recuperando poco a poco la lectura del *Magnificat*, tan descuidada en otro tiempo. En este canto encontramos a María convertida en profetisa desde el Cristo que lleva en sus entrañas. A la bendición de Isabel, contesta con un fuerte canto de reconocimiento personal, diciendo que toda su existencia es regalo. Luego expande a toda la humanidad lo que Dios ha realizado en ella; denuncia la situación de poderosos y oprimidos y anuncia un cambio en la historia porque Dios se ha acordado de su misericordia. María ya no es sólo “consuelo de afligidos” como venera la piedad popular, sino también promotora de liberación humana ¹².

Jesús, durante su vida pública, pondera el discipulado de María por encima de su maternidad carnal, dándole un puesto en “el corro” de los discípulos ¹³. Al pie de la cruz María, la mujer creyente, ofrece al Padre la primera eucaristía y, acogiendo su misión de labios de Jesús, pasa de ser la madre biológica a ser la madre que engendra a Cristo en una comunidad de iguales. Y con esta nueva misión la acoge Juan “en su casa”, es decir, en la comunidad joánica. Ella había hecho un proceso a partir de la fe judía hasta convertirse en modelo y anuncio de la fe pascual.

2.3. La mujer espacio abierto de vida

2.3.1. Antropología teológica.

La antropología, incluida la cristiana, como ciencia filosófica sobre el ser humano, generalmente ha identificado lo humano con lo masculi-

no. Hasta se ha apropiado de la palabra “hombre” (que significaba “ser humano”) para denominar a los varones, dejando lo femenino al margen, según decíamos antes.

No obstante, cuando los varones se han interesado por la diferencia, la mujer ha sido considerada:

- ligada a la naturaleza por sus funciones corporales,
- con unos roles sociales ligados a la naturaleza (los del varón en cambio, a los de la cultura)
- y con una estructura síquica diferente y adaptada a esas funciones naturales y roles sociales tradicionales.

Este planteamiento es hoy cuestionado sobre todo por algunas feministas que rechazan esta confusión entre mujer y naturaleza, e incluso prescinden en sus reflexiones de las diferenciaciones biológicas entre los sexos. Como siempre que se había tratado de dar a la mujer una función específica, se había llegado a una subordinación al varón a partir de “la naturaleza”, es normal que se haya intentado ir por otros caminos, prescindiendo en un primer momento de las diferenciaciones sexuales.

De todos modos no se puede negar la importancia del cuerpo en la búsqueda de la identidad. Este es el enfoque de M^a Teresa Porcile en su excelente trabajo que trato de seguir en este apartado¹⁴.

Después de hacer un recorrido histórico, concluye la teóloga uruguaya que es en el siglo XX cuando se tienen los instrumentos necesarios para poder distinguir una antropología general y una antropología diferencial sexual. Hoy en día podemos hablar del cuerpo como “palabra”, es decir, podemos descubrir en la diferenciación corporal un significado humano y personal.

“Toda mujer es un espacio abierto de vida”, es la hermosa definición que da la Porcile de la identidad femenina. Toda mujer está capacitada por su estructura antropológica para ser portadora de vida, aun cuando pueda no serlo biológicamente. El “seno” (vientre, brazos, regazo) es el lugar donde se gesta el niño y el lugar donde se gesta también el mundo.

Si sólo se gesta el niño, sin influir ni proyectarse en el mundo, podemos decir que la mujer “padece” la maternidad, es meramente re-productora pero sin proyectar en la humanidad la creatividad que corresponde a su imagen divina.

Cuando la mujer gesta el niño y el mundo, entonces sí podemos decir que vive una maternidad de Pascua.

Y cuando la mujer no gesta el niño pero gesta el mundo, y ejerce el “dominio de la tierra” confiado por Dios al ser humano, entonces la mujer sigue alumbrando el misterio de la vida.

“Creo que la identidad de la mujer pasa por ese misterio de la gestación” dice la Porcile. Es una especificidad indiscutible que no conoce el varón: dar a luz con riesgo de perder la vida ¹⁵.

2.3.2. La imagen femenina de Dios

Por la mentalidad patriarcal existente, a Dios se le ha identificado siempre con lo masculino, sea el Padre, el Hijo o el Espíritu. Un reduccionismo que sin duda ha desfigurado y empobrecido la imagen de Dios. Pero, una vez esclarecida la identidad de la mujer y su modo específico de afrontar la tarea común humana, podemos mirar a Dios de forma nueva, tratando de descubrir en qué medida vemos en Él ese “espacio abierto de vida”. No se trata de decir ahora que en Dios todo es femenino, sino de rescatar lo que ha ido quedando en la sombra, es decir, esa dimensión femenina de Dios que está reflejada en la mujer según la revelación del Génesis: “*Y creó Dios al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*” ¹⁶.

Desde esta óptica podemos encontrar en Dios a un padre con entrañas maternas que se estremece de ternura ante los humanos ¹⁷, a un Hijo de cuyo costado abierto brota la vida en el momento de entregarla gratuitamente, y a un Espíritu, dador y fuente de la vida a lo largo de la historia de la Iglesia.

La Trinidad desde esta perspectiva, en vez de ser una abstracción teológica elaborada por una teología racionalista, se convierte en un “espacio para la danza y el amor” que nos invita a entrar, a permanecer, a hacer morada... Todo esto tiene abundante apoyo en textos de la Escritura que ahora no vamos a citar.

2.3.3. La Iglesia también es femenina

Se ha hablado mucho de la Iglesia como madre, en contraste con su expresión jerárquica visible, exclusivamente masculina, pero, a falta de una reflexión profunda y libre de prejuicios de lo femenino, no se ha llegado a desentrañar lo que esta su dimensión femenina significa.

Siguiendo la reflexión de M. T. Porcile, podemos aplicar la imagen de la mujer a la Iglesia y ver cómo es misión suya ser ese espacio de vida abierto a todos, en los diferentes estados de virgen, esposa, madre y viuda.

La *Iglesia virgen*, por ser joven y “novia”, proyecta su mirada hacia el futuro y vive el entusiasmo de la espera del Señor. Su espacio de vida será el lugar de la ilusión y la esperanza y se mantendrá en integridad y fortaleza, sin corrupción ni contaminación, esperando el día del Señor.

En la *Iglesia esposa* se da el espacio de la profunda comunión y amistad con su Señor en la alegría e intimidad. Esta esponsalidad se hace visible cuando la Iglesia se constituye ella misma como comunidad y crea comunión a su alrededor, recorriendo caminos de unidad a través del diálogo y el encuentro fraterno.

La *Iglesia madre* tiene la misión de dar frutos de fecundidad y para ello tendrá que ser capaz de nutrir, de educar, de dar abrigo y consuelo. Su espacio, será un lugar de protección y ternura, de liberación y cuidados, en el que nace y crece la vida.

La *Iglesia viuda* tendrá la misión de lamentarse y hacer duelo en esta sociedad de tantas dolorosas ausencias de su Señor. De su espacio saldrá el grito de la fe hecho clamor por la justicia, el llanto que denuncia una sociedad sin fiesta de bodas y sin música nupcial. Diríamos que ejercerá un “ministerio de lágrimas” porque el Esposo está ausente en la humanidad sufriente ¹⁸.

Los pecados de la Iglesia

Si ésta es la misión de la Iglesia en cuanto femenina, su pecado consistirá en frustrar dicha misión y esto le puede ocurrir como consecuencia de dos actitudes extremas: la esterilidad o la prostitución.

Hablaremos de *esterilidad* de la Iglesia cuando su espacio de vida quede cerrado y vacío, cuando esté lleno de rechazos, defensas o temores y se vuelva frío e inhóspito. Cuando no sea capaz de transmitir ni la esperanza de lo virginal, ni el gozo de la intimidad sponsal, ni la acogida y fecundidad de la maternidad, ni la solidaridad compasiva de la viudez. Y esta esterilidad puede darse en una iglesia con mucha estructura y planificación pastoral, con mucha presencia y peso social, pero que, por falta de apertura de ese espacio propio de su ser femenino, hecho a imagen de la Trinidad, queda estéril y baldía.

La *prostitución* en cambio se aplica a la Iglesia cuando se abre a “los amantes” de paso, a alianzas por conveniencias, cuando replegada sobre sí, busca un placer egoísta, olvidando la fidelidad a su Esposo y Señor. Este aspecto se encuentra con frecuencia en escritos sobre la Iglesia.

Resulta fácil sacar la conclusión de que la secular exclusión de las mujeres de la estructura eclesial, ha perjudicado a la Iglesia en el ejercicio de la misión y que su inicial apertura se nos ofrece como esperanza y a la vez como desafío, según veremos en la última parte.

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**

3

JOAQUINA
MUJER

3. JOAQUINA MUJER

Para nosotras, Carmelitas de la Caridad, es estimulante e iluminador contemplar a Sta. Joaquina como mujer, para acoger de ella la herencia y el impulso que pudiera darnos en este camino del feminismo eclesial que estamos comentando.

3.1. Esposa y madre

Para Joaquina el matrimonio no fue algo elegido libremente, sino decisión de su padre, según la injusta mentalidad extendida en aquella época, y sabemos que sufrió por ello. No obstante podemos decir que ese mismo matrimonio, aceptado en fe como voluntad de Dios para ella, fue un período privilegiado de enriquecimiento y maduración de su personalidad, por el sentido con que lo vivió y por las circunstancias que en él se dieron.

En el ámbito privado nos encontramos con una relación matrimonial muy interesante. Disponemos de una carta de su esposo Teodoro en la que, no sólo le habla de los hijos, sino que le comparte con confianza la marcha y los sinsabores de su profesión. Es también reveladora la despedida en la que dice: *“Procura vivir muchos años, a fin de poder disfrutar el uno de la compañía del otro”* ¹⁹. Nos hace recordar el texto del Génesis cuando Dios procuró a Adán una “ayuda adecuada”, tal como ahora lo entendemos; no una servidora, sino una compañera en relación recíproca y fraterna. Al parecer ésta fue la relación de Joaquina y Teodoro.

La maternidad de 9 hijos fue sin duda una circunstancia que influyó grandemente en la feminidad de Joaquina e hizo de ella un verdadero espacio de vida abierto a todos. Esta maternidad la vivió en soledad en

varios momentos, por ausencia del marido en épocas de guerra y en situación de exilio, y sobre todo en su viudez cuando tenía 33 años. Sin duda que estas circunstancias dolorosas favorecieron en Joaquina el desarrollo pleno de todas sus potencialidades como mujer.

La situación de Joaquina al quedar viuda, distaba mucho de la “minoría de edad” en que la sociedad acostumbraba a mantener a la mujer casada de aquella época. Joaquina, como cabeza de familia, tuvo que actuar tanto en el ámbito privado como en el público. Por ser hija, hermana y esposa de “abogados” tenía una buena preparación para los muchos pleitos que hubo de afrontar. No en vano la Iglesia, el día de su fiesta nos ofrece la lectura de la llamada “mujer fuerte” ²⁰.

3.2. Fundadora

Si nos centramos en la fundación del Instituto, vemos que, a diferencia de otras muchas congregaciones de la época, fundadas por varones, fue Joaquina la verdadera fundadora, como se revela en la carta fundacional. Es ella, Joaquina de Mas y de Vedruna, la que solicita al Obispo el permiso para abrazar en su casa “algunas almas pobres que están abrazándose en amor de Dios y quieren ser religiosas” ²¹. El P. Esteban, al que no se nombra en este importante documento, queda implícitamente mencionado como “mi padre confesor” con cuyo permiso, así como de otros de espíritu, hace la petición.

“Ciertamente que las Reglas las escribió el Padre Esteban, pero fueron elaboradas lentamente por ambos fundadores”, dice Ana María Alonso ²². “Las vivencias femeninas y experimentales debieron aportar datos de valor a la mentalidad viril del misionero capuchino”. La experiencia espiritual de los dos y la visión de la sociedad en que vivían está reflejada en el texto. “Esta doble aportación personal creó la simbiosis de dos puntos de vista complementarios: hombre - mujer” ²³.

Esta relación fue posible gracias a la calidad humana de ambos. La figura del Padre Esteban aparece “sencilla, humilde, llena de celo apostólico, deseoso de crearse colaboradores, ... prudente, fiel a la jerarquía y a la vez asequible y humano” ²⁴. En Joaquina encontramos una mujer madura y autónoma, que se relaciona horizontalmente con sus interlocu-

tores, que sabe actuar en colaboración y que, llevada de su gran deseo de hacer “en todo, del todo y por todo la voluntad de Dios”, sabe también “someterse”, pero no a los varones, sino a la Iglesia, a través de cuya mediación aceptada en fe, está segura de que se realice en ella el plan de Dios.

Hemos de añadir que la circunstancia de la muerte temprana del P. Esteban, tan sólo dos años después de la fundación, dio ocasión para que se pusiera más de relieve su perfil de mujer creativa y emprendedora al servicio de la nueva familia religiosa.

Diecinueve años después de la fundación, la Santa escribe las llamadas “Adiciones” como complemento de la Reglas a fin de dejar establecido un modo de actuar que la experiencia del tiempo le había enseñado y el crecimiento del Instituto reclamaba. Sabemos que lo pidió a San Antonio M^a Claret, pero era ella la que sabía lo que se necesitaba y, al parecer, él le invitó a hacerlo. Lo escribe con gran humildad (“puesta la frente y toda sumida en el polvo...”) y a la vez con gran decisión y claridad y confiando que “con la bendición del cielo todo irá bien”.

3.3. Su relación con varones

Otro modo de aproximación a la personalidad de Joaquina como mujer, es fijarnos en su forma de relacionarse con varones. Podemos acercarnos a esto a través de las cartas que les escribe o que de ellos recibe.

A Joaquina le gustaba tomar decisiones en común. No sólo buscaba dejarse aconsejar, sino participar. Así escribe a D. José Estrada antes de la fundación y le propone que vaya a Barcelona para tener una reunión el P. Lorenzo, Don José y ella y así “resolveríamos lo que fuera del agrado del Señor”²⁵. Según Joaquina la voluntad de Dios no se busca en “sumisión”, sino en activa participación.

Otro hecho sumamente interesante es el que se nos revela en otra carta al mismo D. José. Resulta que para tratar de la fundación de las hermanas en Igualada fue a Vic el arcipreste Don Francisco Bruch y se entrevistó con el P. Esteban y con el Obispo, pero no con ella. Esto Joaquina lo sintió y así lo expresa claramente al mismo Don José:

“...Yo no tuve el honor de saludarle. Y lo he sentido mucho, porque hubiera sido conveniente vernos. Ya he visto a su Ilustrísima, pero antes había sabido algo por medio del P. Esteban y ahora no sé en qué quedaron. No comprendo cómo dicho señor no pensó que era necesario aclarar las cosas y ponerse completamente de acuerdo. Mas el Señor que todo lo hace bien, acabará de esclarecerlo”²⁶.

Se ve que los clérigos que no conocían a Joaquina, actuaban según sus esquemas, es decir, prescindiendo de las mujeres, pero no así los que la conocían que se fiaban plenamente de ella y la tenían bien informada de todo. Es interesante la reacción de la Santa ante esta marginación, no por amor propio, sino porque impedía que las cosas fueran adelante por falta de la debida clarificación.

El Obispo Corcuera, de quien el obispo Tejada de Solsona dice que era “su director, consejero y padre”, le trata con gran sencillez y cordialidad. Le informa sobre las hermanas en ausencia de Joaquina y dice:

“La Francisca está bastante turbada y no sé en qué pararemos; yo la voy sosteniendo hasta que usted venga, por lo menos”²⁷.

Hace recordar un poco la carta de Teodoro cuando no sabía cómo arreglarse con los chicos y espera que ella vuelva pronto y lo arregle.

Los dos obispos de Solsona, M. Benito y Tabernero y J. J. Tejada, escriben cartas que reflejan gran respeto por la dirección que al Instituto da Joaquina.

“Que por ahora continúe todo según las disposiciones de usted y buena dirección que prefirió, porque de todos modos, serán buenas las resultas”²⁸.

“Sólo podía haber algún reparo en las gentes que hayan de acompañar (a una hermana enferma); pero habiéndolo prevenido usted con tanta oportunidad como acierto, nada tengo que añadir”²⁹.

En otra ocasión la madre le consulta al obispo si le parece bien que traslade a dos hermanas y él le contesta:

*“No hallándome yo bien informado de sus circunstancias sólo puedo decirle que mi voluntad es la de usted y que cuanto usted disponga, merecerá mi aprobación”*³⁰.

Se percibe en todas las cartas una relación sencilla y fraterna que nos revela la categoría de mujer que era Joaquina de Vedruna y a la vez el exquisito cuidado por su parte de mantenerse en obediencia a los obispos, no en cuanto varones sino en cuanto pastores de la Iglesia.

3.4. Su imagen de Dios

Es interesante, aunque sea brevemente, fijarnos en la imagen de Dios que tiene Joaquina. Después de haber escuchado los aportes que la antropología nos ha ofrecido de la mano de teólogas feministas, resulta muy llamativo este aspecto.

Hemos visto cómo, la definición de lo específico femenino a partir del cuerpo como “palabra” y teniendo en cuenta su libertad, es ser ese espacio de vida abierto a todos y cómo este rasgo, reflejo en la mujer de la imagen divina, lo encontramos fácilmente en las tres personas de la Trinidad, que ya no es esa abstracción teológica racionalista, sino un espacio que nos invita a entrar, a permanecer y a hacer morada en él.

Al fijarnos ahora en algunas de las expresiones de Joaquina, nos encontramos con que su imagen de Dios iba en esta misma línea. También ella desde su ser de mujer nos habla de Dios como un ámbito, una morada, una dulce habitación, un espacio de vida:

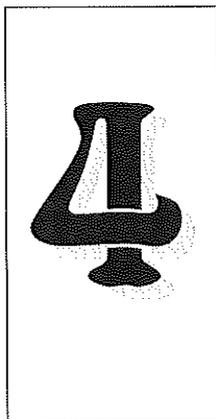
- *Moremos siempre y vivamos en el dulce centro de la más santa habitación*³¹.

- *Quedémonos para siempre en tan santa habitación, sin gustar otra cosa, sino amor y más amor...*³²

- *Vayamos al corazón de Jesús, no salgamos de tan buena morada y del mismo corazón recibiremos ardor para inflamar los nuestros... Si sois humildes, no lo dudéis, amadas hijas, el Espíritu Santo hallará la morada de vuestros corazones bien preparada*³³.

Para ella, mujer familiar por excelencia, la relación con Dios era un gozo a nivel profundo, semejante a estar en casa, en familia, en un hogar cálido. La consecuencia es desearla vivamente y animar a las hermanas a entrar en ese espacio y permanecer en él, o bien disponer el propio corazón como morada, para que pueda darse la experiencia de encuentro.

**VEDRUNAS,
MUJERES
HOY
EN LA
IGLESIA**



VEDRUNA,
**PRESENCIA
SIGNIFICATIVA
EN LA IGLESIA**

4. VEDRUNA, PRESENCIA SIGNIFICATIVA EN LA IGLESIA

4.1. Nuestra misión en la Iglesia

4.1.1. *Lo que no debe ser*

Después de esta reflexión, podemos ya preguntarnos cuál debe ser nuestro papel en la Iglesia. Empezamos diciendo lo que no debe ser, descartando dos modos de enfocar las cosas que podemos encontrar en muchos planteamientos.

Nuestro servicio no debe ser *servidumbre*, ya que ésta va contra el principio bautismal por el que todos los bautizados tenemos una misma dignidad en la Iglesia. Las mujeres somos útiles en la Iglesia y en este sentido valoradas, pero siempre que nos mantengamos como las invisibles, como el “fondo” que hace posible y realza la “forma” y como mano de obra barata de muchas empresas apostólicas.

En las aportaciones al Sínodo de la Vida Consagrada, en cuyo documento previo (*Lineamenta*) se hacía frecuente uso de la palabra o el concepto “sumisión”, referida a la Iglesia en general o a los obispos en concreto, se recogió una fuerte protesta por parte de muchas religiosas: la obediencia a Dios no puede pasar por un tipo de sometimiento, carente de diálogo, contrario a la dignidad propia de una comunidad de iguales. La gran denuncia de las mujeres en aquella ocasión, no fue tanto la marginación de que somos objeto en tantas ocasiones, sino el “utilitarismo”.

Tampoco podemos admitir de entrada planteamientos de misión que se basan en la *complementariedad* en función del género. Toda división

de tareas por el sexo es sospechosa. La Iglesia necesita implicar a la mujer entera, no sólo en aquello en lo que es diferente de los varones. Hay otras dimensiones humanas como la reflexión y la toma de decisiones, que no son específicas de ninguno de los dos sexos (aunque se realicen con matices diversos) y que hace siglos han sido ya absorbidas por los miembros varones.

Además, para poder hablar de complementariedad a lo “específico femenino”, habría que decir qué es “lo específico masculino”, cosa de la que nadie se preocupa, debido a esa apropiación por parte de los varones de lo humano en su conjunto. No es que neguemos la complementariedad, sino que hay que levantar sospecha ante ella y ver qué hay detrás. El reparto de tareas debe ser en función de los carismas personales y no por el sexo.

Se nos suele acusar de “querernos igualar a los hombres”. Lo que nosotras queremos reivindicar es nuestra humanidad, no sólo nuestra feminidad. Cuando lleguemos a esa igualdad básica, o en las situaciones en que se da, entonces podemos hablar de complementariedad en lo específico.

Queremos una relación de reciprocidad, de mutualidad, entre seres humanos con la misma dignidad y la misma misión aunque con posibilidad de perspectivas diferentes.

3.1.2. El tema del poder

Cuando la mujer reivindica su puesto y sus derechos como bautizada en la Iglesia, se produce cierto escándalo porque dicen que estamos buscando el poder. E incluso se usa este argumento para que desistamos de pretender, por ejemplo, el ministerio ordenado, porque, según dicen, no es un poder (que supuestamente habría que compartir) sino un servicio ya asignado. Conviene pues abordar este tema de frente.

El poder en sí es un valor positivo. Es la capacidad de influir en la marcha de un grupo hacia el logro de sus objetivos. Por otra parte el poder que se da en todo grupo debe estar repartido entre sus miembros, siempre que este grupo pretenda respetar la dignidad de cada uno. Cuando a algunos de ellos, supuestamente iguales, se les margina en esta

distribución de liderazgos al servicio de ese grupo, podemos decir que es un gobierno opresor.

El liderazgo se hace necesario en todo grupo humano, pero se puede ejercer en forma de servicio o de dominio. Cuando el poder es atravesado por el pecado, se torna opresión y tiranía y Jesús nos avisa de ello:

“Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos. Pues tampoco el hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos” ³⁴.

En la Iglesia, nos encontramos con una situación de des-igualdad (de usurpación de poderes) dentro de un paradigma de igualdad, de fraternidad (“no llaméis padre a nadie...”) y esta situación se quiere mantener con razones ontológicas y diciendo que este es el plan de Dios. Por eso cuando nos acusen de “desear el poder” lo mejor es no eludir el tema y afrontarlo desde la igualdad de derechos y recordando las palabras de Jesús: “No ha de ser así entre vosotros”.

Juan Pablo II reconoce en *Vita Consecrata* “lo fundado de muchas de las reivindicaciones que se refieren a la posición de la mujer en los diversos ámbitos sociales y eclesiales” y llega a decir incluso que “la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica, religiosa y eclesial” ³⁵. Creo que es la primera vez que se dice algo semejante a los varones de la Iglesia.

3.1.3. La misión de la Iglesia es nuestra misión

Con estos preámbulos podemos llegar fácilmente a la conclusión de que nuestra misión es la misma de toda la Iglesia. Sentimos dirigidas a nosotras las palabras de Jesús:

“Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo” ³⁶.

Nuestra misión es, pues, la evangelización en todas sus formas, anunciando, sanando, echando demonios, creando justicia etc. y, sobre todo, por nuestro carisma de vida religiosa, siendo con nuestro estilo de vida presencia en el mundo de Jesús resucitado.

Ahora bien, conscientes de ser “signo de la ternura de Dios hacia el género humano” y responsables de la imagen femenina de Dios que queremos transparentar al mundo, trataremos de realizar esa tarea común siendo ese espacio salvador que da acogida y crea comunidad, que cuida las relaciones y defiende la vida, que lamenta la injusticia y camina en esperanza hacia la casa común del único Padre-Madre que nos creó a su imagen y semejanza.

3.2. Una llamada desde Raíces Vedruna

3.2.1. Tomar una postura comprometida

Tomando ahora nuestro documento capitular *Raíces Vedruna*, del 39 al 41, lo que se nos pide como mujeres, creyentes, religiosas y Vedrunas es “tomar una postura comprometida para que esta situación se vaya superando”. En qué consiste esta postura comprometida, se va describiendo a continuación:

- ***Creecer en sensibilidad***, que no es crispación, ni crítica enfurecida, sino toma de conciencia de que esta situación de marginación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia es contraria al plan de Dios, y que trabajar por la construcción del Reino implica actuar contra ella a fin de superarla.

- “*Dejar oír nuestra voz* en todos los ámbitos e instituciones donde podamos hacer una aportación positiva”. Se nos pide, pues, romper el silencio, dejar de ser las invisibles, atrevemos a expresar lo que la progresiva sensibilidad nos va haciendo cada vez más evidente.

Dos son los rasgos que deben caracterizar nuestra palabra. Ha de ser *positiva*, constructiva, sin dejar de ser firme y enérgica cuando la situación lo requiera. Hay críticas demoledoras, que distancian, que dejan heridas; la nuestra quiere ser hecha desde el amor a una sociedad y a una Iglesia, tantos siglos privadas de la aportación activa de la mitad de sus miembros, y porque estamos convencidas de que el plan de Dios es que seamos una fraternidad de iguales y que esto se vaya abriendo paso también en la Iglesia.

Por otra parte se nos dice que nuestra palabra, para aportar novedad, debe *brotar de nuestra experiencia* de mujeres. Que no podemos esperar que los varones de la Iglesia nos vayan abriendo puertas e invitandonos a pasar adelante. Somos nosotras las únicas que podemos percibir y denunciar formas de dominio del varón sobre la mujer que la misma tradición ha ido legitimando. Esto quiere decir que la Iglesia no cambiará si no es a partir de nuestra iniciativa.

3.2.2. Promover una acción transformadora

Raíces Vedruna trata de nuestra actividad apostólica en países en vías de desarrollo, pero creo que las orientaciones que contiene son válidas también para otros ambientes. Se nos pide ***colaborar o promover tareas de promoción*** de la mujer y que, junto a su desarrollo o capacitación en el área que sea, cultivemos también su toma de conciencia femenina, a fin de que a las mujeres se les “abran horizontes más acordes con su dignidad humana”.

Esta “concientización irá originando agrupaciones de mujeres, que pueden ser un paso importante hacia una sociedad diferente, más igualitaria y fraterna”. Y respecto a esas organizaciones lo que se nos pide es apoyo a todo eso que va naciendo con fuerza y originalidad propia.

3.2.3. Presencia activa, crítica y profética

Para comprender el tercer punto (41), que se refiere a la mujer en la Iglesia, tenemos que tomar también lo que en otra parte del mismo documento se nos dice sobre nuestra presencia en la Iglesia ³⁷.

El planteamiento de arranque es éste: ya que nuestro Carisma es un don para la Iglesia a través de Joaquina de Vedruna, queremos que nuestras comunidades sean “una presencia significativa de Iglesia allí donde se encuentren”. Vamos a ir viendo en qué se traduce esa significatividad.

Ante todo en un *sentido eclesial*, es decir en una conciencia de ser Iglesia, en una pertenencia clara y gozosa, que debe impregnar todos nuestros proyectos de vida y misión. Este sentido eclesial tiene dos dimensiones

- una receptiva y agradecida. Nos lleva a valorar lo que de ella recibimos: la plenitud de la revelación de Jesús, su misma vida que nos llega a través de los sacramentos, la gran comunidad cristiana en que nacimos a la fe y nos la fortalece...

- Pero este mismo sentido de Iglesia hará que nuestra presencia en ella se vuelva más activa, crítica y profética. Y, como las mujeres, por tener introyectado el papel pasivo y marginal que durante siglos se nos ha asignado, tendemos a replegarnos, el documento nos pide “participar en aquellas tareas eclesiales en las que sea posible, sin inhibirnos”. Aquí tenemos planteado un gran reto.

Pero son tantos los *modelos de Iglesia* que se nos presentan desde la teología y desde las comunidades eclesiales concretas en las que nos insertamos, que el documento adivina nuestra pregunta: ¿De qué iglesia estamos hablando? ¿Es indiferente la orientación de cada uno de los ámbitos eclesiales en los que nos hacemos presentes?

Hablamos de la única Iglesia de Jesús pero, entre sus diversas expresiones, nosotras queremos caminar hacia una Iglesia Pueblo de Dios, circular y no piramidal. Queremos colaborar a que “la comunión se vaya reflejando en su misma estructura de participación”. Es decir tenemos que colaborar para que se vayan superando, donde las haya, posturas absolutistas que pretenden la servidumbre o sumisión de las mujeres y los

laicos en general y que desdibujan la estructura fraterna y comunitaria que nace del Evangelio. Y como la marginación de la mujer es uno de los aspectos en que cristalizan esas actitudes antievangélicas, se nos dice que “animadas por el comportamiento de Jesús hemos de comprometernos para que en la comunidad eclesial la valoración y reconocimiento pleno de la mujer redunde en común beneficio de la Iglesia y de la humanidad”.

3.2.4. Tres caminos preferentes

Para que nuestras comunidades sean esa presencia significativa de Iglesia, nos preguntamos ahora qué es lo que necesitamos. El presupuesto básico es la inserción en la diócesis, sea desde la parroquia o desde otras instancias. Es decir presencia visible, agradecida y actuante. Se nos marcan luego tres caminos preferentes a recorrer, que pueden valer para toda clase de participaciones.

- *Creación de comunidades cristianas.* Aquí entra nuestra especificidad de mujeres y de religiosas Vedruna; ir creando comunidad, sea formalmente o sea “ambientalmente”, es decir, hacer que nuestro consejo parroquial o de caritas, o nuestro grupo de catequesis, o el ámbito escolar e incluso hospitalario en el que nos movemos, se vaya transformando en ese espacio abierto de vida, en esa comunidad de hermanos y hermanas, cuyo liderazgo (que debe existir y ser aceptado por nosotras) no oscurezca la centralidad de Jesús el Señor. Y para ello hay que estar muy alertas porque el absolutismo es mala hierba que brota también en nuestro propio corazón.

- *Formación de agentes laicos.* Una congregación dedicada a la educación cristiana no puede contentarse con formar directamente cristianos-as, sino que debe “engendrar el mundo”, formar apóstoles, líderes comunitarios, futuros ministros-as de la Palabra.

La situación de disminución numérica que estamos viviendo en la VR en el primer mundo, nos está pidiendo esto mismo hasta por estrategia de futuro, pero hay en el fondo una llamada evangélica. Posibilitemos la formación humano-cristiana e incluso carismática de los agentes (edu-

cadores, catequistas, etc), es decir, seamos madres, gestando el niño y el mundo, y no simplemente operarias.

• *Intensificar nuestra formación teológica.* Esta línea de actuación fue reiteradamente exigida a las religiosas en el sínodo de la Vida Consagrada. Arrastramos un déficit en formación teológica del que no somos culpables. Se nos formó para ser profesionales de la caridad en otros aspectos, se nos negó la entrada en las facultades de teología hasta hace poco y aún hoy día se nos sigue ofreciendo teología “de segunda clase” en algunos países, y ahora se nos hace responsables de la carencia que se nos impuso. La solución no es fácil pero recogemos la llamada porque no deja de ser urgente.

Joaquina tuvo el privilegio de haber recibido en su familia una preparación superior a la mayoría de las mujeres de su época y, a medida que el joven instituto apostólico iba configurando su misión, ella iba valorando e insistiendo más en la formación de las hermanas. Así lo expresaba a la maestra de novicias:

“Ten ansia en estas cosas de aprender, has de tener diligencia porque los días pasan y llega la ocasión y me harían quedar mal...Conviene mucho que todas aprendan lo que no saben, y pedirlo mucho a Dios y, sobre todo, todo bien hecho, con primor”³⁸.

De cara a las hermanas jóvenes las exigencias de estudios teológicos hoy se hacen ineludibles, pero las jóvenes en algunos continentes son pocas y lo dicho nos afecta a todas. La necesidad va obligando a organizar programas de adaptación, de renovación teológica, cursos para responder a la demanda que se nos hace y no debemos darnos pronto por excusadas.

De todos modos tenemos un medio sencillo y acomodado a las posibilidades de cada una que es la lectura personal, seria, diaria, confrontada, de temática amplia en la que podemos ir renovando y fortaleciendo nuestra fe y aprendiendo el modo de vivirla y proponerla de modo significativo al mundo de hoy.

* * * *

Queda mucho camino por andar. La realidad nos desafía, los orígenes carismáticos nos impulsan, la Mujer santa que encabeza nuestro grupo nos atrae y anima a dar una respuesta. Sabemos que no es fácil. Siglos de marginación han acumulado en las mujeres de hoy mucha alienación y falta de conciencia. Por eso acabamos por donde empezamos. El despertar nos corresponde a las mujeres. Vedrunas, mujeres hoy en la Iglesia. Ha llegado la hora.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1 - RV 39
- 2 - *Carta del Papa Juan Pablo II a las Mujeres*, 29 Junio 1995. nº6
- 3 - D. M. FERRARA, *La ordenación de las mujeres: tradición y significado*,
Selecciones de teología, nº 137,19 -21
- 4 - *Mulieris Dignitatem* 6
- 5 - M. T. PORCILE, *La mujer espacio de salvación*. Claret 1995, 136
- 6 - Gén 1, 27-28
- 7 - Gén 2, 18
- 8 - Ana ROY, *Ser mujer*. Colección Clar
- 9 - Mc 3, 31-35
- 10 - Mc 14, 3 -9
- 11 - Lc 8,1-3
- 12 - X. PIKAZA, *Amiga de Dios*. Ed. San Pablo 1996, I, 2
- 13 - Mc 3, 31-35
- 14 - M. T. PORCILE, op. cit.
- 15 - Cf op. cit. 238
- 16 - Gén 1, 27
- 17 - Os 11, 8
- 18 - M. T. PORCILE, op. cit. 348 -50
- 19 - *Epistolario Joaquina de Vedruna*, Ep173
- 20 - Prov 31, 10 - 31
- 21 - Ep 81
- 22 - A. M^a ALONSO. *Historia documental de la congregación de las Hermanas Carmelitas de la Caridad*, Ed Vedruna 1968, I, 314
- 23 - A. M. ALONSO. Op. cit., 324
- 24 - A. M. ALONSO. "Epistolario Joaquina de Vedruna" pág.438
- 25 - Ep 80
- 26 - Ep 86
- 27 - Ep 89
- 28 - Ep 192
- 29 - Ep 197
- 30 - Ep 201
- 31 - Ep 76
- 32 - Ep 77
- 33 - Ep 97
- 34 - Mc 10, 42-45
- 35 - VC 57
- 36 - Mt 28, 19-20
- 37 - RV 12
- 38 - Ep 164

EL DECALOGO DEL FEMINISMO VEDRUNA

Siguiendo la orientación de *Raíces Vedrúna*, podemos formular nuestro programa en el siguiente decálogo.

Como mujeres consagradas y miembros de una congregación fundada por aquella mujer santa, Joaquina de Vedrúna, que quiso dar respuesta a la marginación de la mujer en su época nos sentimos llamadas a:

1º Aceptar con gratitud y gozo nuestro ser de mujer, creado a imagen y semejanza de Dios.

2º Mirar la realidad de hoy con ojos de mujer y hacer nuestros tantos sufrimientos de mujeres explotadas, sometidas, marginadas, maltratadas, infantilizadas...

3º Percibir también la discriminación de la mujer en la Iglesia, esa gran distancia entre lo que idealmente reconoce y lo que efectivamente practica.

4º Tomar conciencia de la discriminación que nosotras mismas tenemos internalizada debido a tantos siglos de cultura patriarcal: desconfianza en otras mujeres, imagen reduccionista de la mujer, etc.

5º Sentirnos responsables de promover en la sociedad de hoy un feminismo cristiano, según la fuerza liberadora del mensaje de Jesús.

6º Trabajar por la promoción de la mujer marginada mediante programas que les abran horizontes más acordes con su dignidad humana y les capaciten para vivir de un modo nuevo.

7º Colaborar con organizaciones de mujeres que trabajan por la progresiva dignificación de la mujer y la defensa de sus derechos.

8º Animadas por el comportamiento de Jesús, intensificar nuestra formación personal y comprometernos en aquellas tareas eclesiales en las que sea posible, sin inhibirnos, para que la Iglesia vaya siendo ante la sociedad un testimonio de fraterna colaboración.

9º Dejar oír nuestra voz en todos los ámbitos e instituciones donde podamos hacer una aportación positiva y denunciar las discriminaciones existentes y que sólo las mujeres podemos percibir.

10º Desterrar el lenguaje sexista y acostumbrarnos a utilizar un lenguaje femenino, cuando hablamos de nosotras, y un lenguaje inclusivo, no excluyente, cuando se trata de todos indistintamente.

Y todo esto lo realizaremos sin agresividad ni espíritu de revancha, sin tomarlo a broma ni considerarlo una moda pasajera, sino para que el Reino de Dios se vaya haciendo cada vez más presente entre nosotros.